



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

SACRAMENTOS PARA HACER VISIBLE EL ENCUENTRO CON DIOS

O. INTRODUCCION

“Yo creo en Jesucristo, pero yo necesito ir a Misa...”; esta “rotunda” afirmación la oímos más de una vez a nuestro alrededor.

En nuestro mundo actual está ocurriendo algo curioso: mientras muchos cristianos no aprecian, e incluso desprecian, los sacramentos, los no creyentes sienten necesidad de inventar algo que los sustituya. Creer que la vida humana se gobierna únicamente por “ideas claras y distintas”, como afirmaba el racionalismo, es una terrible mutilación de la vida. Hoy los antropólogos afirman que el hombre, más que “animal racional” es “animal simbólico”. El lenguaje, sobre todo el gestual, es todo un sistema simbólico: dar un beso o un abrazo, guiñar un ojo, un apretón de manos, una sonrisa...; quién se dedicara a traducir estos símbolos a “ideas claras y distintas” los estaría empobreciendo.

En cualquier cosa hay que distinguir *la realidad* en sí misma de *su mensaje*; quizá como “cosa” sea irrelevante, pero su “mensaje” le da un valor inestimable (pensemos en el árbol de Gernica). Cuando las cosas empiezan a pregonar su mensaje íntimo, y el hombre presta oído, surge el *pensar sacramental*. Al hombre actual le puede estar pasando, respecto a los sacramentos, lo que le pasaba a Sartre, cuando todo lo que “ve” en la eucaristía es que “en las iglesias, a la luz de los cirios, un hombre bebe vino delante de unas mujeres arrodilladas”. ¿Qué decir ante esta realidad?

1. LA VIDA EN CRISTO

La fe de la Iglesia nos dice que Jesús no nos “enseña” sólo la vida cristiana, sino que la crea en nosotros con la acción del Espíritu. Nuestra vida en él no es sólo un asunto de buena voluntad ética. No se trata de una mera perfección moral. Es una realidad absolutamente nueva, una transformación interna. La fuente de esta nueva vida está fuera y sobre nosotros, en Dios. Pero espiritualmente, tanto la vida sobrenatural como el mismo Dios que la otorga, se hallan en el centro de nuestro ser. Quién está infinitamente sobre nosotros también está dentro de nosotros.

Cuando hablamos de “vida en Cristo”, según la frase de San Pablo, “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20), no nos referimos a la propia alienación sino al descubrimiento de nuestro auténtico yo en Cristo. Con este descubrimiento, participamos espiritualmente en el misterio de su resurrección. Y este compartir la muerte y resurrección de Cristo es el mismo corazón de la fe cristiana y del misticismo cristiano.

Antes de morir en la cruz el Cristo histórico estaba sólo en su existencia humana y física. Como él mismo dijo: “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). Al resucitar de entre los muertos, Jesús cesó de vivir solamente en sí mismo. Se convirtió en la vid de la que somos ramas. Expande su personalidad para incluir a cada uno de nosotros, que estamos ligados a él por la fe. La nueva existencia que es suya por virtud de su resurrección, ya no está limitada por las exigencias de la materia.

Aspecto elemental de su vida resucitada es su vida en los elegidos. Ahora él no es sólo el Cristo natural sino el Cristo místico, y como tal nos incluye a todos los que creemos en él. Como dice un teólogo: “El Cristo natural nos redime, el Cristo místico nos santifica. El Cristo natural murió por nosotros, el Cristo místico vive en nosotros. El

Cristo natural nos reconcilia con el Padre, el Cristo místico nos unifica con él. Todo esto, como veremos, se lleva a cabo, fundamentalmente, por medio de la vida sacramental. Teniendo este contenido como base de partida nos introducimos en la reflexión sobre los sacramentos.

2. EL SACRAMENTO ES UN SIGNO

En una primera definición muy amplia podemos definir el sacramento como: *el signo visible que hace presente una realidad invisible*. En una segunda definición, un poco más teológica, podemos definir el sacramento como: *el signo eficaz que realiza-confiere la gracia que significa*.

Más arriba hemos dicho que las experiencias más profundas del ser humano sólo pueden expresarse a través de un lenguaje simbólico. La fe cristiana comporta experiencias muy fuertes y profundas, sobre todo la experiencia del amor de Dios y del amor a Dios; la experiencia del hombre y del amor al hombre. En definitiva, las experiencias más serias que puede vivir una persona. Por lo tanto, si la fe comporta esencialmente las experiencias más fuertes de la vida, eso quiere decir que la fe se tiene que expresar también simbólicamente. Creer es comprometerse; pero creer es también al mismo tiempo expresar simbólicamente lo que se vive. Las comunidades cristianas primitivas expresaron su fe en la forma que tomaron de vivir (“mirad cómo se aman”); pero la expresaron también en sus formas de celebrar simbólicamente lo que creían. He aquí la razón de ser de los sacramentos. Por eso cabe decir con todo derecho que los sacramentos son los símbolos de la fe.

Los sacramentos son encuentros con Dios; y encuentros que tienen lugar sensiblemente, como reclama nuestro ser corporal; dice Santo Tomás: “Es connatural al hombre llegar al conocimiento de las cosas inteligibles a través de las sensibles. Y como el signo es el medio por el que se llega al conocimiento de otra cosa..., es lógico que la santificación del sacramento tenga lugar a través de cosas sensibles”.

Los signos sacramentales no son unos signos cualesquiera que hayan sido declarados arbitrariamente instrumentos de salvación, sino que gozan de un poder evocador intrínseco (por ejemplo el agua, el pan y el vino, el aceite, etc.). Pero, también la palabra es necesaria para que exista el sacramento. San Agustín, hablando del bautismo, dice: “Quita la palabra: ¿qué es el agua sino agua? Pero se junta la palabra al elemento y se hace sacramento, que es como una palabra visible”. Pero la palabra es necesaria no tanto para explicar el signo, sino para hacer presente la salvación que el signo evoca. De hecho, esta eficacia misteriosa de los sacramentos es lo más grande de ellos, pero también lo que más cuesta admitir. Es fácil comprender su eficacia pedagógica, pero mucho más difícil creer en su eficacia salvífica. Esta eficacia, como dice san Ambrosio, se explicita únicamente por la palabra poderosa de Dios: “Ordenó el Señor y se hizo el cielo; ordenó el Señor y se hizo la tierra; ordenó el Señor y se hicieron los mares; ordenó el Señor y se engendraron todas las criaturas. Mira, pues, cuán eficaz es la palabra de Dios. Si tan poderosa es su palabra que por ella comienza a ser lo que no lo que antes no era, cuánto más he de serlo para que las cosas que ya eran sean y se cambien en otra cosa”.

3. EL SACRAMENTO NO ES UN RITO MAGICO

Esta eficacia salvífica de los sacramentos fue explicada por el Concilio de Trento con una fórmula muy conocida: los sacramentos obran *ex opere operato* (en virtud del propio rito realizado); es decir que una vez realizado el rito, tenemos la garantía de que Dios se hace presente a través de él. Naturalmente, esto ocurre por una promesa libre de Dios, no porque el rito mismo le haga violencia, lo que sería pura magia). Hay magia en un determinado comportamiento cuando un individuo está persuadido de que si ejecuta exactamente el rito y se recitan al detalle las fórmulas que deben acompañar a ese rito, entonces y sólo entonces se consigue automáticamente el efecto de se desea obtener. Por otra parte, la magia, por su misma estructura fundamental, no dice relación ni con el comportamiento ético de la persona ni con las experiencias que deciden el destino de un hombre, el sentido de la vida o de la convivencia humana.

Sin embargo en muchas ocasiones se ha comprendido mal la intención de quienes elaboraron dicha fórmula. Trento quiso responder a los que condicionaban la eficacia de los sacramentos a la santidad personal del ministro; y lo único que quiere decir es que, aun cuando el ministro sea mediocre, Dios obrará a través del rito que ese ministro mediocre realice. Pero, naturalmente, de nada serviría que Dios se hiciera presente en el sacramento si el hombre no le abriera las puertas. Que los sacramentos obran *ex opere operato*, garantizan únicamente que Dios acudirá a la cita; pero una cita sólo es eficaz cuando también la otra parte está presente. De lo contrario, se repite el drama de la encarnación: “Vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11).

Así pues, los sacramentos no dispensan de seguir a Cristo, sino que *celebran la vida dedicada a seguir a Cristo* y, precisamente por eso, evitan el estancamiento del creyente. Como dice san León Magno, “hay que completar en la propia vida lo que la celebración del sacramento inicia”. Todos conocemos personas que después de años “recibiendo” frecuentemente los sacramentos, no se caracterizan por su amor a los hermanos

4. DIMENSIÓN TEOLÓGICA

Pero con lo dicho no tenemos aún una idea completa de lo que es un sacramento. Falta por explicar la dimensión propiamente teológica de los sacramentos.

Los sacramentos son realidades sagradas. Dios elige en Cristo ciertas criaturas (personas, palabras, gestos, elementos naturales) para comunicarse a los hombres de modo manifiesto; manifiesto a los creyentes, ya que se trata de “sacramentos de la fe”, que a un tiempo suponen la fe y la fortalecen.

Lo primero que hay que decir es que el sacramento primordial y radical es Cristo mismo. Esto se explica porque Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Y esto significa que Cristo es verdadero Dios de una manera humana y es hombre de una manera divina. Lo cual quiere decir que el Dios invisible e inaccesible se hace visible y cercano en Jesús: “El que me ve a mí está viendo al Padre” (Jn 14,9). De ahí que Jesús puede ser considerado el sacramento por excelencia, en cuanto que él es la realidad visible que nos expresa el misterio profundo de Dios, la experiencia de Dios. Esto supone dos consecuencias fundamentales:

- Todo sacramento se ha de celebrar de tal manera que, al igual que Cristo, resulte ser una profunda experiencia de Dios, del Dios que se nos ha revelado en Jesús.
- El agente primero y principal en todo sacramento es Cristo mismo. De tal manera que el sacramento no es principalmente un acto del hombre que rinde homenaje a Dios, sino que es acto de Dios para la liberación del hombre. El Cristo glorioso actúa en los creyentes en diversas modalidades de gracia: por el *bautismo* los asume en su propio Cuerpo, comunicándoles en el Espíritu la filiación divina; por la *confirmación* los fortalece en el mismo Espíritu para que puedan confesarle ante los hombres; por la *penitencia* el mismo Cristo perdona sus pecados y les va sanando de sus enfermedades espirituales; por la *unción* el conforta a los enfermos y moribundos; por el *orden* consagra a algunos para que, en su nombre, prediquen, guíen y santifiquen a su pueblo; por el *matrimonio* purifica, eleva y fortalece al amor conyugal de la pareja humana. Todo este “sistema circulatorio” de la sangre de la Iglesia, que es la gracia de Cristo, mana de la *eucaristía*, que contiene a Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo que da la vida a los hombres.

Lo segundo que hay que decir es que el concilio Vaticano II ha afirmado repetidas veces que la Iglesia es un “sacramento universal de salvación”. Esto quiere decir que la Iglesia prolonga en el espacio y en el tiempo, la presencia salvadora y liberadora de Jesucristo. Hablamos de que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo; y es propio del cuerpo hacer visible y presente a la persona.

5. LOS SIETE SACRAMENTOS

Dios quiere salir al encuentro del hombre en sus experiencias más fundamentales: el nacer (bautismo) y el pasar a la edad adulta (confirmación), el enamoramiento (matrimonio) y la consagración al servicio de la comunidad cristiana (orden), la cotidianidad de la vida creyente (eucaristía) e incluso el fracaso (penitencia) y la lucha contra la enfermedad (unción).

San Agustín llegó a hablar de 304 sacramentos; entre ellos enumeraba: la lectura de la Sagrada Escritura, la predicación de la palabra de Dios, el lavatorio de los pies, el cuidado de los pobres, etc. Pero poco a poco fueron destacándose algunos frente a los demás.

Trento definió que “los sacramentos de la Nueva Alianza no son ni más ni menos que siete”; entendida esta afirmación más en sentido de designar la totalidad, que el de hablar del número siete como el dígito que sigue al cinco y al seis. Trento quiso afirmar que todos los signos a los que damos el nombre de sacramento, y sólo ellos, tienen de hecho eficacia sacramental.

La Iglesia, desde el principio bendijo el amor humano, se reunió para celebrar la eucaristía; pero necesitó tiempo para tomar conciencia de que era únicamente en esos ritos donde ella expresaba de forma plena su fuerza sacramental. A partir de ese momento, a los demás signos que hasta entonces había considerado sacramentos empezó a llamarlos “sacramentales” = “Signos sagrados con los que, imitando de alguna manera a los sacramentos, se expresan efectos, sobre todo espirituales, obtenidos por intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida” (CIC 1667) (ejemplos son: las bendiciones y las consagraciones de personas o cosa, los exorcismos, etc.).

Terminar diciendo que la institución por Cristo de los siete sacramentos no necesita apoyarse en otras tantas frases del Jesús histórico que nos hayan sido conservadas por los evangelios. Cuando Cristo instituyó la Iglesia, “sacramento primordial”, instituyó por eso mismo los sacramentos particulares en los que se densifica su sacramentalidad.

6. LA NECESIDAD DE LOS SACRAMENTOS

Así como la Iglesia ha afirmado que Dios se da con absoluta seguridad a través de los sacramentos, nunca ha dicho que se da *solamente* a través de ellos. No hay un perfecto sincronismo entre el sacramento y la recepción de la gracia. La gracia puede preceder al sacramento (cf. Hch 10,47); pero también el sacramento puede preceder a la gracia. Incluso la Iglesia ha hablado de “deseo” (bautismo de deseo).

Es decir, que Cristo desborda a la Iglesia y a sus sacramentos. No ha quedado prisionero de ellos. Pero, naturalmente, del hecho de que la gracia también pueda obtenerse sin los sacramentos no se deduce que estos sean superfluos. Sin Iglesia y sin sacramentos, Dios actuaría “de incógnito”, y precisamente por eso su acción sería menos eficaz: antes de expresar algo, solamente lo poseemos de un modo confuso; la expresión es siempre creadora de lo que expresa, y esto incluso por puras leyes psicológicas.

Abandonar la práctica sacramental equivale a situarse en un estado en el que no fuera necesario recurrir a signos visibles para alimentarse de Dios. Tal estado existirá, desde luego, pero aún nos existe: se trata de la “vida bienaventurada”, de la posesión definitiva de Dios. De hecho, todos los sacramentos anticipan aspectos del Reino de Dios: el hombre definitivo (bautismo), el perdón final (penitencia), el banquete escatológico (eucaristía), etc. Pero a la vez que lo anticipan, lo velan, porque el signo no es la realidad. Los sacramentos, como la Iglesia entera, se sitúan en tensión entre el “ya” y el “todavía no”.

Los sacramentos, como la Iglesia, pertenecen al tiempo intermedio y desaparecerán cuando se manifieste el reino de Dios en toda su plenitud. Pero no deben desaparecer antes de tiempo.

7. LA CELEBRACION DE LOS SACRAMENTOS

Toda celebración es la expresión de experiencias colectivas, compartidas por una comunidad, una familia o un pueblo. Se diferencia de la mera diversión en que en ésta el sujeto se centra en sí mismo y cada cual va a disfrutar él, mientras que en la celebración el sujeto está abierto a los demás, ya que la celebración consiste esencialmente en un hecho participado y comunitario.

Por otra parte, toda celebración tiene un marcado carácter simbólico: y consiste de hecho en una serie de símbolos colectivos, que vive el pueblo y el pueblo expresa comunitariamente.

De ahí que el sacramento es una auténtica celebración; ya que el sacramento es un símbolo comunitario compartido y vivido por un grupo y que expresa las aspiraciones y las vivencias comunes y colectivas de ese grupo.

En la celebración sacramental hay tres estratos o niveles.

- El natural. Viene constituido por los gestos humano-corporales; se apoyan en ciertos elementos inanimados (pan, vino, agua, aceite), pero sobre todo, en la propia realidad corporal dinámica y social del ser humano (nacer, crecer, amar, engendrar, reunirse, comer, comunicarse, enfermar, morir).
- El religioso. Los anteriores gestos tienen una dimensión simbólica. Remiten más allá de ellos mismos. En las fuentes de la vida emerge lo trascendente, como el poder último, fundante y fundamental, como el don gratuito que nos desborda, nos cuestiona, y que al mismo tiempo nos atrae irresistiblemente invitándonos a una acogida y a una aceptación agradecida.
- El cristiano-histórico. En esas experiencias primordiales del hombre religioso injerta Jesús un sentido nuevo que es el de la historia del pueblo elegido y el de su propia historia como hermano mayor de ese pueblo.

Los sacramentos son gestos religiosos y radicalmente humanos, pero en último término son los gestos de Jesús asumidos por la comunidad de sus discípulos. El sacramento cristiano debe aglutinar los tres niveles; ya que si olvidamos el último, se quedaría en un simple acto humano, civil o sagrado; y si olvidamos el primero y segundo, sería un acto cristiano, pero sin raíces.

Terminar diciendo una palabra sobre la necesidad de los Rituales. Nuestras liturgias son actos estrictamente reglamentados. En principio parece que expresar la alegría o la tristeza es algo que no se puede reglamentar; de lo contrario caeríamos en la teatralidad; sin embargo en la celebración de los sacramentos se trata de un símbolo no meramente individual, sino colectivo o comunitario. En la expresión de un símbolo individual debería mantenerse la más completa espontaneidad. Pero cuando lo que está en juego es un símbolo compartido por un grupo, es claro que entonces se tiene que dar un común acuerdo, de tal forma que la celebración resulte válida y aceptable para todos los participantes.

La celebración es una expresión comunitaria y ritual. Es ritual en cuanto que tiene que producirse una determinada coincidencia en los gestos y en las palabras. Porque si la experiencia es común y compartida, de la misma manera la expresión visible y externa de esa experiencia ha de ser común y compartida por todos.

La celebración sacramental no puede ser una expresión puramente espontánea y menos aún anárquica. Por lo tanto, tiene perfecto sentido el que exista una determinada reglamentación que unifique a todos en la manera concreta de celebrar. Con tal que esa reglamentación no resulte minuciosa y menos aún oprimente.

Bibliografía que se puede consultar:

- Catecismo de la Iglesia Católica.
- Ritual de los Sacramentos, (Textos litúrgicos oficiales). Ed. BAC
- Castillo, J.M., *Teología para comunidades*. Ed. Paulinas.

- Terrae.
- González-Carvajal, L, *Esta es nuestra fe, Teología para universitarios*. Ed Sal
 - Borobio, D., *La celebración en la Iglesia I II y III*.
 - Borobio, D., *Sacramentos en comunidad, comprender, celebrar, vivir*, Ed Desclée de Brouwer.

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- **Lectura y reflexión personal de los apuntes dados.**
- **Lee estos textos y señala la relación que guardan con los sacramentos: Mt 28,16-20; Hch 8,34-40; Hch 2,42-46; Mt 18,15-18; Jn 20,21-23; Sant 5,13-16; 1 Tm 5,22; 1Tit 1,5-9; Ef 5,21-33.**
- **Haz un sencillo cuadro comparativo señalando las diferencias que encuentras entre la concepción que tú tenías sobre los sacramentos, y lo que has leído en este tema.**
- **Hacer un recuento de los símbolos que no entiendes en la liturgia y en los sacramentos de la Iglesia.**
- **Señala cuales han sido tus mejores experiencias de celebración de los sacramentos.**
- **Poner en común en los grupos lo que nos ha enriquecido el tema**